

## YUCATAN DE 1847 A 1850 LA "GUERRA DE CASTAS"

Por el Lic. Ricardo MOLINA HÜBBE

No intento, ni sería posible, dentro de los límites propios de este trabajo, decir todo cuanto decirse podría en materia tan ardua cuanto interesante. Prolijo y cansado sería narrar todos los acontecimientos, detallar los innumerables combates, recordar todos los nombres y ofrecer un cuadro completo de aquella época infausta.

En la narración de los sucesos, quiero dar una idea, en conjunto, en líneas generales, sin detenerme en detalladas exposiciones que por sí solas darían materia para muchas páginas. En la apreciación de los hechos y las personas, temo, ciertamente, que mi criterio pueda herir sentimientos o convicciones que estimo y respeto; pero sobre los cuales no debo prescindir de poner la primordial obligación del historiador: exponer con verdad y juzgar con imparcialidad. Penosa es la labor de destruir leyendas y demoler tradiciones, mas, como dijo Cervantes, "bien está al poeta contar y cantar caprichosamente las cosas, en tanto que al historiador toca pintarlas como fueron y no como se quisiera que hubiesen sido, y a quien hace falsa historia debiérase tratarle como quien hace correr moneda falsa."

\*

Después de los trágicos acontecimientos de Valladolid, con cuyo relato terminó el capítulo anterior,<sup>1</sup> se encontró Yucatán presa de angus-

1 Véase *Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 4. p. 149 y ss.

tiosa ansiedad. Era general la convicción de que se avecinaba un desquiciamiento. En uno y otro bando había hombres que, midiendo las consecuencias de nuestras disensiones, se esforzaban por evitarlas. Pero todo fue en vano. Las pasiones políticas triunfaron sobre el patriotismo y la razón. Cada partido señalaba los peligros y proclamaba la unión de los yucatecos para conjurarlos, pero la unión bajo su imperio exclusivo y para su provecho particular.

De una y otra parte cometíanse torpezas y desaciertos. Los vencedores, los hombres del pronunciamiento de Campeche, se complacían en algo así como una satisfacción del espíritu localista. Trasládose a esa ciudad la residencia de los altos poderes públicos, despojando a Mérida de su carácter de capital y sometiéndola a restricciones hasta en asuntos meramente privados; depúsose a los principales empleados civiles y militares, sin respetar méritos ni derechos; confiáronse los cargos a personas que, en lo general y salvo contadas excepciones, no tenían más mérito que su apasionamiento por la causa triunfante y se toleró y aun se fomentó el imperio de las venganzas, de las persecuciones y de las arbitrariedades contra los hombres del régimen derrocado. Los crímenes de Valladolid quedaron impunes y lejos de someterse a castigo al jefe cuya debilidad o cuya torpeza los ocasionaron, se le dio, como recompensa por sus servicios, la jefatura de uno de los más importantes distritos.

Por su parte, los barbachanistas no perdonaban esfuerzo en ofrecer obstáculos al nuevo gobierno y lograron el alzamiento de jefes militares, que si bien se sofocó rápidamente, dejó nuevos elementos de inquietud y de encono, tanto más cuanto que, a guisa de represalias, la guarnición campechana de Sisal incendió este puerto, que disputaba a Campeche el comercio marítimo, y con este acto de vandalismo creció todavía más el rencor entre las facciones contendientes.

Tal era la situación en que se hallaba el Estado cuando se desarrollaron los acontecimientos a que me voy a referir.

\*

El 18 de julio de 1847 fue día de sorpresa y de agitación para el Comandante Militar de Valladolid. En la mañana se le presentó un hacendado contándole lo siguiente: que había tenido noticias días antes de que pasaban grandes caravanas de indios con rumbo a una hacienda del cacique de Tihosuco, Jacinto Pat, llevando enormes cantidades de víveres; que había enviado a una persona a dicha hacienda para averiguar de qué se trataba y que el mensajero había vuelto informando que allí se

encontraba una gran multitud de indios en espera de armas que debían llegar de Belice, para comenzar una revolución. Y cuando aún no se terminaba la narración llegó hasta la Comandancia el Juez de Paz del pueblo de Chichimilá y refirió al Comandante otro suceso no menos importante. Díjole que, hallándose en estado de embriaguez el cacique de aquel pueblo, Manuel Antonio Ay, había dejado leer al juez una carta que llevaba en su sombrero y que le entregó. Esta carta contenía datos de los preparativos de una rebelión y pedía informes a Manuel Antonio Ay sobre los recursos con que podría contarse. La firmaba Cecilio Chí, el cacique del pueblo de Tepich.

Aprehendióse inmediatamente a Manuel Antonio Ay, se practicó un registro en su casa, en donde se hallaron otras cartas relativas a la conspiración; se presentaron testigos de que aquel cacique había invitado a algunas personas para un movimiento armado; confesó el preso que en efecto estaban él y Cecilio Chí en esas labores; pero que la rebelión tenía por único objeto pedir que se rebajara a un real por mes la contribución personal de los indios; y con estos datos se dio por terminado el proceso en unos cuantos días. El Comandante Militar, usando de facultades ilimitadas que el gobierno había dado para mantener la paz a toda costa, sentenció a Manuel Antonio Ay a la pena de muerte, que se ejecutó inmediatamente.

El gobierno ordenó la aprehensión de Jacinto Pat y Cecilio Chí al coronel Trujeque y éste en vez de cumplir la orden visitó al primero, lo encontró pacíficamente dedicado a sus trabajos agrícolas y lo dejó en libertad y, en cuanto al segundo, limitóse a mandar llamarlo para hacer una liquidación de las tropas de Tepich. Insistió el gobierno; fue a Tepich Trujeque y no hallando al cacique, mandó que se registrase todo el pueblo y en ese registro hubo oficial y soldados que cometieron graves ultrajes contra las familias y los bienes de los indios, hasta entonces pacíficos y sumisos. A renglón seguido, marchó Trujeque para otro pueblo, aprisionó a varios indios que le parecieron sospechosos, los llevó a Tihosuco y sin más trámites los hizo fusilar en la mañana del 30 de julio de 1847.

Y en la noche, Cecilio Chí, al frente de indios armados, asaltó el pueblo de Tepich y asesinó a cuantos blancos allí se encontraban, excepto uno que pudo escapar y llevó a Tihosuco la noticia de aquella espantosa tragedia, con la cual el cacique maya contestaba los ultrajes perpetrados contra sus indios y los fusilamientos efectuados por Trujeque.

Así comenzó la guerra de castas.

\*

Los hombres que aparecían como caudillos de la rebelión se habían distinguido por sus servicios en la guerra contra el gobierno centralista mexicano y en nuestras luchas interiores. Eran de cierta cultura, especialmente Jacinto Pat; hablaban y escribían el español y gozaban de gran prestigio entre los suyos y de consideraciones por parte de las autoridades.

Manuel Antonio Ay era hombre de inteligencia y actividad, generoso y compasivo, dominado por el vicio de la embriaguez, a tal grado que cuando el asalto de Valladolid, mientras sus compañeros y soldados saqueaban y asesinaban, él se entretenía en apurar varias vasijas de aguardiente. Su valor estoico y sus dotes de elocuencia natural se demostraron en los momentos próximos a su muerte. Refiere el testigo presencial, capitán don Felipe de la Cámara Zavala que, después de habersele notificado la sentencia pidió hablar con un hijo suyo, de unos doce años, hizo que se arrodillara ante él, puso las manos sobre la cabeza del niño y le dirigió en lengua maya, con voz firme, estas palabras:

“Voy a morir, hijo mío, por haberme comprometido en una gran guerra cuyas consecuencias quien sabe hasta donde llegarán, ni quien sabe hasta cuando acabarán; culpa mía va a ser el pan de la amargura que tu madre y tus hermanos van a comer después; culpa mía las lágrimas de sangre que llorarán; culpa mía la desnudez en que te has de ver”. Y cuando el niño prorrumpía en llanto, díjole serenamente: “No llores, ¿no ves que hay gente aquí?”

Cecilio Chí era de carácter duro y sanguinario, de gran valor personal, con grandes dotes de mando y de autoridad, unidas a una gran astucia. Jacinto Pat era hombre de inteligencia e ilustración muy superiores a las de sus dos compañeros; con su trabajo personal había llegado a reunir recursos de alguna consideración; se ocupaba en las atenciones de su hacienda y en negocios mercantiles que lo habían relacionado con prominentes personas de Mérida y Campeche; tenía gran afición a la lectura y se interesaba ardientemente por la política. Aunque tenía gran ascendiente entre los indios por su carácter bondadoso y conciliador, carecía de enérgica firmeza para hacerse respetar.

No se sabe a punto fijo cómo y en qué momento se unieron estos tres caciques para la conspiración. Dícese, sí, que mientras Ay y Chí trataban de alzarse contra la raza blanca, pretendiendo el último exterminarla y el primero solamente expulsarla, Jacinto Pat quería que se

restableciera en el gobierno a Barbachano y que se suprimieran las cargas de los indios, dejándolos libres del imperio de los blancos. Es indudable que Pat en la guerra de castas significó algo propicio a un entendimiento, en tanto que Chí personificaba el más completo radicalismo en contra de los blancos. Y es de notarse que las campañas de Pat no estuvieron animadas de la ferocidad que se ostentaba en las filas mandadas por el cacique de Tepich quien, al fin, con su recia voluntad, desbarató toda idea de conciliación y de paz y obligó a Jacinto Pat a reconocerlo como jefe y a seguir sus mandatos.

\*

La noticia de lo acontecido en Tepich produjo en Mérida la reconciliación de las facciones políticas, pero tan sólo en apariencia, porque la reconciliación estuvo en los discursos, en los artículos de periódicos, en las proclamas, en los brindis, en los paseos cívicos y en los abrazos que se dieron los personajes de uno con los del otro bando; pero no estaba en los corazones.

Tal noticia dio también lugar a un desconcierto tan subido que el gobierno, en vez de dictar las medidas militares y políticas apropiadas, no pensó más que en esparcir los castigos y el terror. Fácil habría sido guarnecer competentemente las poblaciones, hacer recorrer los caminos, proveer de medios de defensa a los habitantes y guardar una actitud de recta y severa justicia. La rebelión hasta entonces no tenía enormes proporciones. Pero el gobierno se dejó guiar únicamente por determinados hombres apasionados y violentos, excluyó por completo de su consejo a los militares y políticos más expertos del país, por considerarlos como no partidarios suyos y no dejaba de abrigar la creencia de que, en el fondo, aquella insurrección de indios quizás no era más que una treta de sus adversarios para obligarlos a dejar el poder.

Y así, lejos de reprimirse o conjurarse el peligro tal parece que éste tomó incremento y pábulo con las medidas que dictó el gobierno. Una fuerza entró a Tepich, después de sostener combate, y prendió fuego al pueblo; todas las casas se incendiaron, todos los pozos fueron cegados y se inutilizó todo cuanto pudo encontrarse en la población. No quedó piedra sobre piedra y aún más, según declaración de un oficial de dichas fuerzas, en una de las casas perecieron quemados varios ancianos, niños y mujeres indios. En fin, cometiéndose allí una serie de actos horrendos, que solamente pueden compararse con los perpetrados días antes en el mismo sitio por Cecilio Chí.

No puede decirse que esos actos fueron consecuencia del ardor del combate o resultado de la casualidad. El gobierno les prestó su aprobación expresamente y parece haberlos ordenado en cierta parte. El periódico oficial de entonces refirió punto por punto aquellas escenas, salvo la relativa a haberse quemado indios, y dijo textualmente lo que sigue: "El pueblo incendiado no es hoy sino un montón de cenizas; los pozos fueron cegados; todo aquel lugar manifiesta el más triste aspecto; Tepich ya no existe y el nombre de ese pueblo rebelde ha sido borrado del catálogo de los demás de Yucatán. Estos ejemplares terribles de severidad se han hecho precisos e indispensables en la presente guerra que sostenemos contra estos bárbaros semisalvajes, porque con conducta menos severa sería imposible aterrarlos y contenerlos."

Ni se aterraron ni se contuvieron los indios. A poco invadieron simultáneamente varios pueblos y haciendas, batiendo a las escasas fuerzas que allí encontraban y cometiendo monstruosos actos; el incendio, el asesinato, las violaciones, los tormentos, el saqueo acompañaban la marcha de los rebeldes. Y aún refiérense escenas de canibalismo y de regresión al culto de los ídolos, como si hubiese resucitado entre ellos el Yucatán anterior a la conquista.

El gobierno no cejaba en su plan de aterrorizar, en el cual gastaba las fuerzas que debieron concentrarse exclusivamente en prevenir y en sofocar el levantamiento desde sus inicios. En cada indio sospechoso se veía un emisario de los rebeldes; se llenaron los presidios, se multiplicaron los destierros, se amontonaron fusilamientos sobre fusilamientos se erigieron picotas en los pueblos para castigar públicamente a los indios. Se expidió un decreto por el cual éstos, rebeldes o pacíficos, perdían la calidad de ciudadanos y quedaban reducidos a pupilaje y a tutela, autorizándose a las autoridades para que "en caso de no bastar los consejos para hacer dóciles y sumisos a los indios, emplearan con ellos las correcciones que exigían su índole y costumbres". Y ya puede uno figurarse como, en ese ambiente de miedo y de horror a los indios, se multiplicarían tales correcciones. Por último y como para responder al clamor constante de los indios sobre reducción de impuestos, cometióse la triste aberración de aumentarles las contribuciones.

La consternación se redobló al cundir el rumor de que para el día quince de agosto habría de estallar en Mérida una insurrección para coronar como rey de Yucatán a Cecilio Chí, sobre los cadáveres de todos los blancos de la ciudad. Tremenda fue la alarma, especialmente en la noche anterior al día señalado para tal cosa por los díceres y cuentos. Convirtiéndose la ciudad en campamento militar; a las puertas de las casas

velaron, arma en mano, los moradores, al resplandor de grandes hogueras, en tanto que las tropas y los voluntarios recorrían las calles y los caminos y conducían a la cárcel pública a cuantos indios conceptuaban sospechosos. En esta atmósfera de pavor acusóse al cacique del barrio de Santiago, Francisco Uc, de ser jefe de semejante conspiración.

Francisco Uc era hombre de notoria cultura, sensato, pacífico, laborioso, estimado y bien recibido en las principales casas de Mérida, de una fortuna abundante, de gran influjo no solamente entre los indios sino hasta para con gentes de la otra raza. Parecía imposible que ese hombre hubiese podido hacerse responsable de aquellos actos. Y sin embargo, se le aprehendió, fue procesado y sentenciado a muerte por un consejo de guerra, y al fin ejecutado, tras negarse el gobernador a indultarlo y a escuchar la petición en que el cacique ofrecía ceder sus bienes al Estado y expatriarse si se le perdonaba la vida.

En torno de este proceso ocurrieron mil versiones y rumores y alrededor del cacique de Santiago levantóse, por una parte, el clamor que pedía su inmediato castigo, habiéndose formado un motín en que se amenazó a Uc y a sus defensores con que los puñales del pueblo harían justicia si no la hacían las autoridades, y por otra parte moviéronse influencias, recursos y gestiones de personas de la más encopetada sociedad meridana. La historia no sabe a que atenerse ni puede acoger aquellas versiones y hablillas, pero sí debe hacer constar que por lo que conocemos del proceso, no hubo en él aquella claridad meridiana que debe reinar para una condena y mucho más para una condena de muerte. Allí se habla de cartas comprometedoras; declaran testigos que dicen haber traído y llevado cartas sin precisar su exacto contenido; el cacique lo niega todo, y solamente un testigo, a quien, por cierto, no se condenó a muerte, refirió que él por mandato de Uc había escrito una de esas cartas invitando a otro cacique para asistir a la coronación de Cecilio Chí.

Mientras esto acontecía, en tanto que Yucatán hundíase en la desesperación y en el terror y que el gobierno, lejos de proveer al acertado remedio, se empeñaba en la inútil y contraproducente tarea de amedrentar o de querer amedrentar, y que nuestros jefes y soldados, sin instrucciones, sin coordinación de esfuerzos, sin unidad de mando, sin armas ni municiones, sin plan de campaña, iban desocupando pueblos en el Oriente, en el Sur y en el partido de los Chenes, hombres hubo del partido barbachanista que, sin reparar en tan dolorosas circunstancias, no vacilaron en un nuevo pronunciamiento, creyendo unos que en el fondo, los indios se dirigían contra el gobierno emanado de Campeche y no

contra la raza blanca, y creyendo otros que Barbachano habría de ser capaz de sofocar la insurrección. El gobierno llamó a sus tropas, desamparó las poblaciones amenazadas por los indios, empleó recursos en batir, como batió, a los pronunciados, y los indios, libres de obstáculos, precipitaron su marcha victoriosa, arrollaron a los pocos soldados que les disputaban el paso y pronto, muy pronto, una gran parte del Estado quedó completamente en poder de los mayas, con sus pueblos arrasados, y pérdidas hasta las huellas de la civilización española, cuyos descendientes parecían incapaces de saber defenderla.

Y ya no eran chusmas indisciplinadas los indios. Sus caciques habían sabido darles organización militar, superior en esos momentos a la de nuestros soldados. Con notoria habilidad, los caudillos mayas establecían los sitios, distraían la atención de las tropas del gobierno, simulaban ataques para caer después sobre puntos desguarnecidos, y todo esto con una superioridad de armamento, con una abundancia de pertrechos de guerra, que excedían a los recursos de que podía disponer el Gobierno del Estado. Los fusiles tomados a los prisioneros vinieron a explicar aquella circunstancia que pronto se confirmó con noticias muy fidedignas. La insurrección tenía recursos de guerra ilimitados en la colonia inglesa de Belice. Los caciques mayas organizaron un comercio de maderas preciosas, de maíz, de objetos robados en los templos, de útiles procedentes de los saqueos, todo lo cual servía de moneda para adquirir armas de manos de los británicos. Jacinto Pat llevó más adelante esta organización. Sitió a Bacalar, único obstáculo que podía encontrar a su paso para la citada colonia; ante la resistencia denodada de aquella fortaleza, concedió una capitulación a los sitiados y les permitió salir con todos los honores de la guerra y refugiarse en territorio inglés, y convirtió a Bacalar, auxiliado por comerciantes beliceños, en un centro de provisiones y de comercio. De allí vino la idea de hacer intervenir al gobierno inglés en la contienda para darle alguna solución favorable a los indios y para ello se valió de un ministro o pastor protestante con quien llevaba estrecha amistad. En otro capítulo referiremos estas interesantes negociaciones.

Ocupó por entonces el gobierno don Santiago Méndez. Su capacidad administrativa, su talento, su perspicacia, su rectitud, le hicieron comprender y tratar de evitar los desaciertos y torpezas de sus predecesores. Llamó a las personas más prominentes del país sin distinción de banderas, ofreció y dio empleos a no pocos adversarios suyos, concedió amplísima y sincera amnistía y en fin hizo cuanto estuvo en sus manos para remediar aquella espantosa situación; pero a estos esfuerzos no

correspondió una conveniente dirección de las operaciones militares. Las tropas hallábanse desmoralizadas y sin disciplina; los jefes se veían reducidos a sus propios esfuerzos, sin concierto alguno; los nuevos contingentes de soldados eran tan bisonños que no siempre podían resistir el empuje de los indios; las provisiones de guerra eran muy escasas. Y algo más grave todavía. Persistían, no obstante la sinceridad con que el gobernador Méndez quería la unión, serias rencillas políticas entre los comandantes de las tropas, y a tal grado que más de una vez les hicieron dejarse de prestar mutuamente auxilio. Y así los propósitos del gobernador Méndez fracasaron en la campaña. Peto, Yaxcabá, Sotuta, Valladolid, Tekax, Tizimín, cayeron en poder de los indios.

Entonces Méndez, haciendo a un lado los compromisos de partido y sin tomar en cuenta las protestas de sus amigos, nombró a Barbachano para presidir una comisión que habría de procurar una conciliación con los caudillos mayas y confió el mando militar de todas las tropas al General López de Llergo, no obstante que éste no pertenecía al bando gobernante. Al mismo tiempo se dirigió a los gobiernos de España, de Inglaterra y de los Estados Unidos en demanda de auxilio y ofreciendo, en cambio, el dominio de la Península. De Inglaterra no llegó respuesta; en los Estados Unidos, el Presidente propuso al Poder Legislativo la ocupación militar de Yucatán para salvarlo de las bárbaros y evitar que alguna potencia europea lo dominara, y de España no hubo aceptación a la oferta, pero sí, y desde antes de que ésta se hiciera, y después de ella, nos vinieron recursos de guerra generosamente enviados por las autoridades de la Isla de Cuba, movidas por las gestiones del doctor don Domingo López Somoza, ilustre jurisconsulto español que había residido en Mérida años atrás.

Méndez llevó todavía más adelante sus servicios al país. Ante la inminencia de la ruina total del Estado, se reconoció impotente para conjurarla y no vaciló en confesar públicamente esa impotencia, y llamó al gobierno a Barbachano, su antiguo adversario, reconociendo abiertamente sus méritos y sus cualidades. Fue tan grande el enojo de los amigos de Méndez que sus secretarios se negaron a autorizar el decreto y a redactar la proclama correspondientes; las tropas campechanas rehusaron asociarse a las demostraciones de júbilo con que el ejército saludó el advenimiento de Barbachano al poder, y un batallón de aquellas tropas abandonó su puesto de guarnición y se retiró a Campeche. Don Santiago Méndez entregó el gobierno a Barbachano y se retiró por entonces de la política.

Barbachano ni un momento vaciló en aceptar aquella enorme tarea de salvar al país, sin embargo de que en ella se jugaba toda su suerte política y todo su prestigio y de que aquella obra parecía casi imposible. Defectos habrá tenido ese gobernante, errores habrá sufrido como político, y más de una vez los lazos de partido le hicieron cometer faltas. Pero en ese acto de abnegación, de patriotismo, al asumir el gobierno en tales circunstancias, cuando del Estado apenas quedaba un jirón fuera del poder de los indios y cuando no había medios de combatir, hay que admirar profundamente a Barbachano. Contrajo el compromiso de salvar al país y cumplió plenamente este compromiso.

La prestancia del nuevo gobernante pareció abrir puerta a la esperanza en mejores días, pues Jacinto Pat accedió a entrar en tratos con la comisión pacificadora y se formularon unos acuerdos que se denominaron "Tratados de Tzucacab" por los cuales habría de quedar abolida toda contribución personal, los indios habrían de tener plena libertad para labrar los ejidos de los pueblos, las tierras de la comunidad y las baldías, sin pagar cosa alguna y las deudas de los jornaleros de campo habrían de considerarse abolidas. A más de estos puntos completamente justos y de posible realización, solicitó Pat que se suprimieran los impuestos a la destilación del aguardiente y que vitaliciamente fueran él y Barbachano respectivamente gran cacique el primero y Gobernador el segundo, de Yucatán, y que además se devolvieran a los indios las armas de fuego que se les habían recogido. Apenas formulados estos tratos, presentóse a Jacinto Pat un emisario de Cecilio Chí, quien le exigió le entregara el convenio y las insignias y demás obsequios enviados por Barbachano. Pat, atemorizado por la actitud rebelde de sus tropas accedió, y en presencia suya, el enviado de Cecilio Chí destrozó el convenio e hizo pedazos las insignias y obsequios y ordenó al cacique de Tihosuco que prosiguiera en la guerra contra los blancos. No mucho después, Jacinto Pat, cuyas fuerzas se rebelaron porque trató de imponerles disciplina más severa, tuvo que huir rumbo a Belice y en el camino fue asesinado. Poco le sobrevivió Cecilio Chí a quien dio muerte alevosamente un rival suyo en aventuras amorosas. Surgieron otros caudillos cuya historia corresponderá a otro lugar.

Perdida toda esperanza de conciliación, no quedó a Barbachano más recurso que proseguir la campaña. El gobierno conservaba en su poder solamente el espacio comprendido desde Telchac hasta Izamal, desde Izamal hasta Ticul, desde Ticul a Maxcanú y desde allí a Campeche, en la faja que media entre le serranía y el mar, y además el partido del

Carmen. Barbachano dejó en amplísima libertad al general en jefe para las operaciones militares.

López de Llergo volvió a ser el hábil estratega de 1842. Limitándose por entonces a defender las líneas del espacio ya mencionado, con guarniciones colocadas de manera que pudieran auxiliarse entre sí, suprimiendo las expediciones aisladas que tan mal resultado habían producido, y procurando economizar los recursos de guerra, se dedicó preferentemente a disciplinar nuevos contingentes de tropas, llamando al servicio a todo yucateco mayor de diez y seis años.

Esperaba el general que podría resistir dentro del cuadro ya formado hasta tener nuevos batallones y hasta que llegaran pertrechos de guerra, que se creía habrían de llegar de un momento a otro, ya de La Habana, ya de México, pues se estaba ya tratando de la reincorporación de Yucatán a la Nación. Pero los acontecimientos se precipitaron y pusieron a López de Llergo en la precisión de adoptar otra conducta, en la cual supo dominar a las circunstancias adversas.

Aguijoneado Pat por las intimaciones y amenazas de Chí y reforzado por las mejores tropas de este último, atacó rudamente a Ticul, y esta población, tras brava defensa, y no obstante los refuerzos enviados en su auxilio, fue desocupada por las fuerzas del gobierno, que retrocedieron en dispersión hasta la hacienda Uayalceh, dejando descubierto todo el Sur. Y en esos mismos días, con motivo de rivalidades políticas, el coronel don José del Carmen Bello, viejo militar del partido de Méndez, a quien el general en jefe había mantenido en su puesto, tomando en cuenta sus anteriores servicios al país, desocupaba, sin combatir y sin hallar obstáculo, la importantísima plaza de Izamal, amenazada por los indios, negándose a la invitación del coronel don Juan José Méndez, comandante de una fuerza próxima que lo requería para no desamparar el lugar o para intentar recobrarlo. La conducta de Bello no puede explicarse más que por el deseo de poner en duro aprieto al gobierno de Barbachano.

El pavor más inconcebible se apoderó de la ciudad de Mérida a la cual se creía que pronto llegarían los bárbaros, cuya presencia se anunciaba ya a seis leguas de distancia. Estaban rotas nuestras líneas de defensa, con excepción de la formada entre los pueblos de Tecoh, Homún, Cuzamá y Huhí, en la cual el valiente coronel Pasos al frente de pocas fuerzas y de los habitantes de los pueblos no dejó a los indios dar un solo paso adelante. Mérida estaba llena de fugitivos, de heridos y de soldados dispersos; la miseria era tan grande que no había en la casa

de gobierno ni una hoja de papel para expedir una orden, ni pudo encontrarse en la ciudad. Se hallaban los edificios públicos colmados de familias hambrientas y desesperadas y las calles pobladas de caravanas que pretendían escapar rumbo al mar o a Campeche. Las autoridades pensaron en desocupar la ciudad y el mismo Barbachano comenzó sus preparativos para establecer el gobierno en otro sitio.

Pero hubo un hombre superior al infortunio, un hombre de recia voluntad, de serena energía y de indomable espíritu; y era el general en jefe. López de Llergo ordenó contener a los fugitivos, darles armas e incorporarlos a las filas, para la defensa de sus hogares; restableció el orden, puso en movimiento a cuantas tropas tuvo a su mano, y cambió inmediatamente el primer plan de campaña. A todos los jefes les ordenó el ataque, la marcha hacia adelante, a toda costa, prohibiéndoles la retirada. Les dirigía órdenes y exhortaciones, arengaba a los soldados y noche y día se hallaba pendiente de todas las noticias y movimientos militares. Cuando el coronel Méndez le participaba que la retirada de Bello había dejado expuestas a sus fuerzas y a las demás del oriente, y que carecía de recursos para el combate, López de Llergo le dio la respuesta siguiente:

“Los momentos son de la mayor importancia y es preciso hacerse superior a la situación. Exista o no el enemigo en Izamal, recope usted la ciudad, haciendo saber a los soldados, en cuanto a recursos, que donde hay bayonetas, ardimiento en la sangre y patriotismo en el corazón, con eso basta.”

Al recibir Méndez este mensaje, ya dos oficiales suyos, los tenientes coronel Peniche y Ruz, habían llegado hasta Izamal, sin órdenes expresas, a practicar un reconocimiento, observando que había desaparecido de allí el grueso de los rebeldes, y con tal noticia y con el mandato vibrante del general en jefe leído a los soldados, Méndez se puso en marcha hacia el oriente y desbarató obstáculos y destrozó a las turbas enemigas y se apoderó de armas y municiones y llegó a tal grado en su marcha que López de Llergo tuvo que ordenarle que se detuviera.

Había empezado la restauración. Todas nuestras columnas marcharon hacia adelante, enardecidas por la voz del general, resueltas a perecer antes que cejar en el avance. Un hálito de confianza y de valor parecía soplar por nuestro antes desmoralizado ejército. Y entonces, batallón tras batallón, los nuevos soldados, los formados por López de Llergo, los de estudiantes, artesanos, comerciantes, campesinos y profesionales, fueron incorporándose a las filas y emulando a los veteranos con su disci-

plina y su valentía. El general había recibido masas sin aliento y sin orden y había hecho surgir y entregado a la Patria un ejército victorioso.

“No son estos, señor”, decía un caudillo maya a un sacerdote prisionero suyo; “no son estos los mismos soldados que antes sabíamos derrotar, cuando nos ven no huyen, cuando los atacamos nos rechazan y nos persiguen; cuando los sitiamos, nos despedazan. No señor, no son los mismos.”

Al recuperarse así una gran extensión del Estado, López de Llergo concibió el proyecto de poner coto al comercio de los indios con Belice y al mismo tiempo de atacarlos por la retaguardia. Formó una expedición que fue por mar a las órdenes del coronel Cetina, a recuperar Bacalar. Esta expedición es algo que recuerda las atrevidas correrías de los conquistadores, con la circunstancia de que nuestros soldados peleaban con enemigos mejor armados que ellos. Cetina tomó a Bacalar, la ciñó de nuevos baluartes, la hizo inexpugnable, rechazó recios ataques, cortó el contrabando de armas y más de una vez reunió fuerzas de otros puntos del Estado, cercó a los indios y les causó tremendas derrotas. El plan de López de Llergo habría terminado por completo con la insurrección si las circunstancias y las malhadadas pasiones políticas no lo hubieran impedido.

Reincorporado Yucatán a la Nación, que fue generosa y magnánima, enviándonos recursos y auxilios, aun antes de solicitarlos y de efectuarse la reincorporación, ya el gobierno contaba o debía contar con mayores elementos para la campaña y para atender a las demás necesidades del país; pero tan pronto cesó la inminencia de la ruina, cuando las pasiones políticas volvieron a levantarse y a proseguir su labor de maldición.

Los antiguos adversarios de Barbachano, unidos a los viejos centralistas, a los hombres derrocados en 1840, comenzaron una obra de acusaciones calumniosas contra el gobernante achacándole poco cuidado en el manejo de los caudales públicos, excesivo favoritismo para con sus amigos y otros cargos, algunos de ellos muy severos consistentes en las disposiciones acerca de los indios prisioneros tema del cual posteriormente nos ocuparemos. Estas acusaciones no alcanzaron resultado y entonces los adversarios de Barbachano discurrieron otros procedimientos para derrocarlo o ponerlo en difícil situación, y no vacilaron en utilizar tal procedimiento aunque con él herían al hombre que mayor gratitud merecía de todo yucateco y privaban al país de los grandes servicios que este hombre podía todavía prestarle. Consistió este proceder en solicitar

que se enviara de México a un comandante militar para sustituir a López de Llergo, alegándose que éste se hallaba enfermo y que era muy duro y exigente para con sus subordinados; y con tal cosa lo que se pretendía era crear a Barbachano dificultades y rivalidades, renovándose los antiguos conflictos con los comandantes militares que tanto habían pesado en la suerte del Estado.

Al mismo tiempo los opositores encendieron en algunos militares jóvenes y ambiciosos el espíritu de indisciplina y desobediencia, aprovechándose de que el general en jefe los había reprendido por tratar mal a unos indios que desempeñaban el oficio de cargadores en las tropas. Tramóse una conjuración militar contra López de Llergo, y éste al saber que en ella figuraban algunos de sus más queridos oficiales, se llenó de honda amargura; dio por terminado el consejo de guerra, llamó a los culpables, los reprendió y presentó su renuncia, en la cual insistió hasta que le fue aceptada.

Así se retiró del servicio como jefe supremo de las armas yucatecas el gran organizador de la victoria, sin pedir recompensa y sin haberla recibido. Espíritu noble y modesto, cifraba sus solas aspiraciones en cumplir con el deber. Fue una vida completamente puesta en aras del bien de su país y justo es que consagremos a su recuerdo algunas palabras.

Nació en Campeche en 1790; sentó plaza como cadete en el batallón español de Castilla cuando contaba diez y seis años y cinco más tarde pasó al batallón fijo de México en la Nueva España en donde formó en las filas realistas en lo más recio de la guerra de Independencia. Al proclamarse el Plan de Iguala tenía certificado de conducta heroica, el grado de capitán y tres condecoraciones. Desde entonces todos sus servicios fueron para Yucatán. En cierta ocasión ocupó interinamente el gobierno y al ofrecérsele una cantidad para gastos secretos, como era costumbre, la rechazó diciendo: "No necesito esa cantidad, porque todos mis actos y mis gastos de gobierno deben ser públicos."

Sus dotes más notables eran el espíritu de observación, la firmeza inquebrantable, la fuerza de voluntad, la más absoluta calma ante el peligro y el mayor valor en arrostrarlo. Fue profundamente compasivo y humano con los enemigos y con sus soldados, sin dejar de ser fiel devoto de la disciplina. Sabía castigar, pero prefería perdonar. "Bajó al sepulcro, dice un historiador, sin haber hecho vestir de luto a ningún yucateco, por espíritu de partido, por odio o por venganza. Nunca fue el eco de malas pasiones, sino al contrario. Clamó contra los asesinatos de Campeche, expidiendo una proclama que hizo insertar en la orden general de la plaza. Campechano de nacimiento, jamás dejóse dominar

por el espíritu de localismo. Lejos de esto, cuando en lo más terrible de la guerra de castas las tropas del distrito de Campeche se rebelaron varias veces, impúsoles severos castigos y solía presentar como modelo de heroísmo y de valor a los sufridos soldados del Sur y del Oriente del Estado.

Cuando se hizo cargo del mando supremo, la guardia nacional estaba desmoralizada; de las poblaciones de importancia solamente quedaban en pie Mérida y Campeche con los pueblos comarcanos, y cuando entregó el mando, los indios habían sido empujados por doquiera y el país se hallaba casi totalmente reconquistado.”

Y esto en medio de una grave enfermedad que consumía su organismo y que marcaba hondamente sus huellas. Era físicamente un hombre débil, extenuado, de aspecto melancólico; pero jamás supo conocer el descanso. Su actividad era sorprendente y en los momentos supremos parecía que su alma pugnaba por engrandecer su cuerpo y que se desbordaba del mismo. “Pocas veces se habrá visto” —continúa el historiador que lo conoció personalmente—, “pocas veces se habrá visto ante una tropa un general con más imperio de mando, con mejor dote para reprender y ordenar, o para entusiasmar y conducir al triunfo. Era de admirar cómo de aquel hombre macilento, casi cadáver, brotaban frases que parecían encendidas y que estremecían hasta lo profundo del corazón.”

No obstante su carácter de soldado, supo reprimir los brotes y tentativas del militarismo contra las autoridades civiles. Presentía que de la guerra de castas habría de surgir el pernicioso influjo de los elementos militares en la política. “Nada nos han hecho los indios, exclamó en una ocasión, en comparación con las cosas peores que nos han de hacer los tenientes coroneles que han surgido de la guerra.”

Austero en sus costumbres, irreprochable en su vida privada, probó por encima de toda sospecha, vivió y murió sin más recursos que su sueldo. Decían sus contemporáneos que su único vicio había sido el chocolate, que apuraba en grandes cantidades varias veces al día. Su temperamento excesivamente nervioso producía en él una curiosa rareza. Aquel hombre tan intrépido se estremecía de tal modo ante los rayos que tenía que abandonar sus tareas, de momento. Era profundamente religioso y a diario hacía sus oraciones en unión de su esposa.

Pueden resumirse sus glorias diciendo que salvó a Yucatán en la campaña contra el gobierno centralista de México y lo salvó nuevamente en los momentos en que los indios casi tocaban a las puertas de Mérida y en que hasta la esperanza se ausentaba del corazón de los yucatecos. Murió a los sesenta y cinco años de edad, pobre y olvidado. No tuvo

laureles ni honores, apenas si temporalmente se dio a una calle de Mérida su nombre. Nada hay en el suelo de Yucatán que recuerde y perpetúe su memoria. El gran general reposa sin coronas, sin inscripciones; pero junto a su tumba vela moralmente la estatua del Deber.

Consagradas estas palabras a la memoria del ilustre militar para quien ha sido la Patria muy ingrata, volvamos a los hechos ya narrados, ante los cuales surgen no pocas interrogaciones. ¿Cuáles fueron las causas, cuáles los exactos perfiles de la insurrección de 1847? A estas preguntas se han dado numerosas y disímbolas respuestas. Quien asegura que desde el principio movió la conjuración el plan de exterminar a los blancos; uno afirma que en los primeros momentos los caudillos mayas no pensaban más que en una revolución política para mejorar la condición de su raza; otro sostiene que en realidad se trata de un resurgimiento lógico de los conquistados contra los hijos de los conquistadores; alguien estima que los mayas lucharon por la causa justa de su libertad.

A mi parecer, en todas estas opiniones hay algo de verdad, pero no toda la verdad. La guerra de castas no es uno de esos fenómenos a los cuales puede señalarse una causa precisa y determinada y un carácter perfectamente definido. Es algo cuyas raíces surgen desde los primeros días de la colonización española y se extienden y se enredan con todos los posteriores sucesivos períodos de nuestra historia, y crecen y se dilatan después de la Independencia y se riegan con nuestras discordias civiles y se abonan con mentidas promesas a los indios preparándose la monstruosa floración de odio y de sangre, con el calor de nuestros apasionamientos y nuestras ambiciones, de nuestras envidias y nuestros errores, con las mezquindades de nuestros políticos, con las torpezas de nuestros estadistas, con los yerros de nuestra sociedad.

Fue el régimen colonial para la raza maya una raza mezcla de generosas disposiciones y de inaudita imprevisión para lo futuro. Las Leyes de Indias estuvieron, ciertamente, animadas de espíritu humanitario, pero sometieron al indio a perpetua minoría de edad, a constante tutela. En Yucatán no se formó un pueblo solo: hubo dos pueblos distintos, con distintos idiomas, con distintas costumbres, con distintas leyes, con distintas instituciones y situaciones sociales. Y si el indio legalmente no era esclavo, en realidad nunca dejó de ser siervo. Pero al menos aquel régimen no engañaba al indio. Este sabía que, como conquistado, tenía un señor, y sabía también que ese señor mandaba que se le hiciera justicia, y más de una vez se registran castigos impuestos a quienes abusaron de los indios en la época colonial.

La Independencia llevó a los oídos del maya palabras que jamás había escuchado; palabras de libertad, de ciudadanía, de derechos, de igualdad. Las leyes cambiaron y se sucedieron constituciones y gobiernos, y a cada cambio se prometían más libertades y mayores derechos. Decíase al indio que era tan ciudadano libre como el blanco, y sin embargo ni las ofertas se cumplían ni dejaba el blanco de ser el señor. Ya no tenía rey el indio, pero tenía gobernador y tenía jefe político y subdelegado y alcalde. Y no hay que olvidar que la moralidad administrativa de la Colonia fue muy superior a la de la época posterior. Los funcionarios coloniales se hallaban sujetos a severísima reglamentación de la cual no escapaban ni los mismos capitanes generales, expuestos siempre a la residencia de sus actos.

En cambio del régimen colonial heredamos y proseguimos, a pesar de nuestras declamaciones de libertad y democracia, un sistema tradicional respecto de los indios: la sujeción a la gleba por medio de las deudas; la facultad de aplicar castigos de azotes por las faltas de cualquier género, en una palabra toda esa organización inicua, inhumana, cuyos últimos restos aún estaban en pie ya entrado el siglo vigésimo. Agréguese a todo ello la desacertada legislación que a raíz de la Independencia arrancó a los pueblos las tierras que el régimen colonial les había reconocido y que comenzó a exigir del indio desventurado una contribución personal, un impuesto por el simple acto de respirar y de vivir, cuya falta de pago solía traducirse en la cárcel o en el trabajo forzoso o en otros castigos, y se tendrá un conjunto de circunstancias propicias para fomentar en el indio el rencor contra los hombres blancos.

Y como si todo esto no bastara para preparar el conflicto, desde 1840 abrióse una era de mentidas promesas, de falsía para con los indios. Se les convocó a defender el suelo yucateco contra los mexicanos, ofreciéndoles tierras y reducción de impuestos, y se les recompensó únicamente con pomposos elogios en que los periódicos oficiales llamaban a los indios los nobles hijos de Cocom y de Tutul Xiu, que habían salvado a la Patria; pocos años después, para inducirlos a una revolución contra el gobierno, se les ofrecía rebajar la contribución personal a un real mensual; más tarde el pronunciamiento de Campeche de 1846 proclamaba la rebaja a real y medio, y meses en seguida los alzamientos barbachanistas, mejorando la postura, aseguraban que la contribución sería solamente de un real. Y mientras el indio acudía a todos estos llamamientos y batíase hoy bajo una bandera y mañana bajo la otra, creyendo que obtendría la ansiada mejoría, todas las facciones, cuando victoriosas,

olvidaban sus promesas y los indios continuaban en su tradicional condición de oprimidos y de siervos.

Apuntadas estas circunstancias, sería faltar a la justicia desconocer que sobran motivos a los mayas para rebelarse contra aquel encadenamiento de sistemas de engaños y mentiras, de explotación y de supercherías políticas. Y en este sentido, duela o no al amor propio y al orgullo de los yucatecos, tenemos que confesar sus pecados y aceptar sus responsabilidades históricas, y llegar a esta dolorosa conclusión: gran parte de la culpa de la guerra de castas, quizás la mayor parte de la culpa, quien sabe si no toda la culpa, fue de la raza blanca.

Pero si había razón en los mayos para alzarse en armas, cabe notar que ni su situación podía llevarlos por ese medio a la realización de sus deseos, ni pueden excusarse los procedimientos que utilizaron en la insurrección. En realidad, los indios no hicieron más que cambiar de señores y en vez de la libertad sometieron a más dura opresión bajo el despotismo de sus jefes y caciques, más déspotas y sanguinarios que el más empedernido encomendero o que el más duro amo de hacienda. Los sublevados fueron a la más espantosa abyección moral y material y después de cincuenta años de vivir libres de los blancos en el sur y en el oriente del Estado, no dejaron como señal de su paso en esa vida más que tribus en regresión al salvajismo. Toda su historia fue de luchas intestinas con horrendos detalles, de envilecimiento, de verdadera esclavitud.

En cuanto a los caracteres de la guerra de castas, ya expusimos cómo ésta se desarrolló con escenas de horror y de barbarie. No fue solamente una guerra; fue la avalancha de una furia de destrucción y de muerte. Si no tuviéramos para decir esto, los testimonios de los contemporáneos de esos sucesos, y los mil documentos que pueden consultarse, nos lo comprobaría siempre el aspecto que hasta hoy guardan las antiguas poblaciones del Sur y del Oriente de Yucatán; los restos de casas destruidas o incendiadas; las señales de desolación y de ruina; nos lo pintarían los espantosos relatos del pasado al referirnos a aquellas trágicas escenas de la desolación de los pueblos, cuando las familias huían de la muerte y de cosas peores que la misma muerte; nos presentarían la doliente visión de aquella larga y trágica jornada de todos los habitantes de Valladolid, hombres, mujeres, niños, ancianos, ricos, pobres, enfermos, inválidos o sanos, en medio de las tropas impotentes para defenderlos, durante leguas y más leguas; aquel angustioso caminar

por entre las selvas o en los senderos, bajo los golpes del machete y en medio de las llamas.

Pero la justicia nos manda reconocer que si bárbaros fueron los indios en toda la campaña, barbarie demostraron ciertos actos de los blancos. Ciertamente, en aquella lucha no cabía observar las reglas ordinarias de la guerra y aún para disculpa podríamos recordar el ejemplo de cómo pocos años antes combatíase y se mataban prisioneros en la guerra civil en España y cómo veinte años después combatióse y se mataron prisioneros en la guerra civil de los Estados Unidos, y aún más, cómo en nuestra misma edad hemos visto que se hacen cruel guerra las naciones que se llaman las más cultas del orbe. Esto deja en pie, sin embargo, la verdad de que los actos iracundos y violentos del gobierno que imperaba al comenzar la guerra de castas, fueron en gran parte motivo del carácter sanguinario y despiadado de esta guerra. Todavía la insurrección no había estallado, y en vez de precaverse contra ella y de desbaratar hábilmente el proyecto, se desplegó una sucesión de represiones basadas en el terror. Por simples sospechas se condenaba, se fusilaba; se persigue y se ultraja a los indios de Tepich por aparecer su cacique como jefe de la conspiración; más tarde, cuando Cecilio Chí asesina, no pudiendo castigársele, se castiga a su pueblo que es reducido a cenizas y borrado del catálogo, para aterrorizar y contener a los indios. Con alguna razón los caudillos mayas, al contestar a las ofertas de paz del gobierno, decían que no ellos habían comenzado la guerra, ni los incendios, ni la destrucción.

Nada de esto empañía ni disminuye la gloria y los méritos de quienes, al defender el suelo yucateco contra los bárbaros, defendieron la causa de la civilización y los mismos hogares de Yucatán. Ellos con sus sacrificios, con sus penas, con sus dolores, con sus vidas, los conservaron para Yucatán. No he querido citar nombres, temeroso de olvidar alguno. Ellos sirvieron sin recompensa, sin paga, pues largo tiempo cesó de darles remuneración el gobierno, sin esperanza de reconocimiento. Fue una generación completamente inmolada, quizás para rescatar en algo las culpas y los errores de otras generaciones. Sabemos de los jefes, de los oficiales; pero de los soldados solamente conocemos la multitud anónima, la multitud que sufría, la multitud que moría. Cualesquiera que hayan sido los desaciertos de los políticos, esa multitud, ese pueblo en armas y buen número de sus jefes militares, legaron a México un noble ejemplo y probaron lo que puede y lo que vale el corazón yucateco. Negarles nuestra admiración o disminuirles nuestro tributo moral es crimen de lesa ingratitud.

\* \* \*

Al dar cuenta el gobernador Barbachano al Congreso del Estado, a mitad del 1849, de sus actos y facultades extraordinarios durante aquel trágico período, presentó el cuadro en que Yucatán se encontraba, del cual tomamos los siguientes datos:

Cerca de diez y siete mil hombres se hallaban en campaña y para sostenerlos el Tesoro Público solamente había contado en un año con medio millón de pesos, de donde resultaba que por cada soldado no había podido emplearse ni un real diario; debíanse enormes cantidades; se habían enajenado las alhajas de las iglesias; se adeudaba a los empleados gran parte de sus sueldos; las escuelas se habían cerrado, con excepción de veinte en Mérida y once en Campeche; los giros mercantiles e industriales habían desaparecido casi por completo. Los heridos, los enfermos y los desvalidos habían sido sostenidos por una junta de caridad que llegó a alimentar y curar y proteger a más de diez y siete mil personas.

Sin embargo, en medio de esa situación, hubo hombres que no perdieron la esperanza en la cultura del país. Establecieron una asociación para cultivar las ciencias y la literatura y fundaron una academia con objeto de regenerar la enseñanza, con cátedras públicas y discusiones sobre temas de interés general. Se publicaron periódicos tan admirables como *El Fénix* y *El Mosaico*, y tan pronto como los instantes críticos de la guerra pasaron, se inició un renacimiento en la vida intelectual de la Península.

\* \* \*

Yucatán sufrió graves, hondísimas heridas. Al perder una gran parte de su territorio y una enorme parte de su población para la vida civilizada, quedó reducido a la más espantosa miseria. Sin capitales, sin confianza en el porvenir, sin las feraces tierras lejanas del Sur que estaban expuestas a las depredaciones de los indios, con un pueblo abrumado por la guerra, con todas las fuentes de producción cegadas o destruidas, Yucatán comenzó desde 1850 la dura, la difícil tarea de su reconstrucción, mejor dicho de su transformación. Era otro Yucatán el que tenía que surgir. Y surgió, ya veremos cómo, gracias a la paciente labor de su pueblo, que de los pedregales logró extraer una nueva riqueza, afanándose en el trabajo, mientras políticos y soldados proseguían haciendo jirones de la suerte del Estado.

Pero esto es historia para otro capítulo. Hemos terminado en el presente, de reseñar lo que fueron y lo que significaron aquellos tres años terribles, los años negros de Yucatán, los años cuyo solo recuerdo oprimía el ánimo y arrancaba lágrimas al corazón de las gentes de esos tiempos. Son los años trágicos, pero también los años de gran enseñanza para todos los yucatecos. Jamás podremos estudiarlos bastante. Son una rara sucesión de culpas y noblezas, de errores y de heroísmos, de sangre y de gloria, de caídas y grandezas. En esos años, más que en ninguna otra edad de la historia de Yucatán, se siente palpitar el alma de su pueblo.